

En momento solemne y oportuno se consignó en estas mismas páginas lo que correspondía á los dos primeros.

López Alén acaba de seguirles á la tumba precisamente como en vida siguió sus inspiraciones de amor entrañable y entusiasmo por el vascuence.

Impregnado de los nobles sentimientos de sus antecesores, tuvo alientos bastantes, á pesar de su cruel enfermedad, para enriquecer la Revista con trabajos meritorios, y en los 31 años de existencia de la misma y sus 62 tomos, se encierra un caudal inapreciable de valor literario que nunca apreciarán lo bastante los vascófilos.

Sin fuerzas físicas y casi imposibilitado de movimiento, convivía en la Biblioteca con los tomos de los estantes, sus compañeros queridos, y siempre en contacto con organismos tan euskaros como el Conistorio, que celebraba en aquel local sus reuniones.

Conocía la historia retrospectiva de nuestro muy amado Donostia cual ninguno y le eran familiares sus hombres y sus cosas.

En cuatro rasgos dibujaba un rincón interesante del panorama de la ciudad ó una personalidad saliente de ella, y con el seudónimo de *Mendiz-Mendi* escribía en la prensa local diaria amenos artículos de usos y costumbres.

Alma sensible y candorosa la de López Alén, ha volado á las regiones donde la Justicia Divina premia los desvelos y sacrificios que aquí en la tierra son tan mal recompensados por los mortales.

ALFREDO DE LAFFITTE.

* * *

SEMBLANZA SENTIMENTAL

HE aquí uno de los literatos que más entusiasmo íntimo puso en su profesión, que más esfuerzo cotidiano puso en su labor, que más voluntad acumuló para triunfar, y, sin embargo, he aquí también uno de los literatos que más dolorosamente ha visto desvanecerse sus entusiasmos, sus facultades, que más cruelmente, como escribió un poeta, ha llevado muerta el alma en un cuerpo que vivía todavía.

Los últimos años de López Alén transcurrieron llenos de pesadumbre, llenos de melancolía. Dominado por una enfermedad funesta, que

abatió cruelmente su cuerpo y su espíritu, su existencia íntimamente era una lucha sin tregua, entre la enfermedad que le menguaba, que le restaba impulsos, y su voluntad, que trataba de revelarse é imponer su dominio.

Así, en esta forma, le he sorprendido muchas tardes en la soledad de su despacho, con unas cuartillas blancas desparramadas sobre la mesa, trazando nerviosamente unas palabras casi incomprensibles. Todo en él revelaba lucha, fatiga, cansancio, desde el trazo de los caracteres hasta la forma literaria, que era premiosa, tardía, incoherente.

—Llega V. muy bien—me decía—vamos á escribir este artículo, que me es preciso acabar esta misma noche. Fijese bien y no deje pasar ninguna deficiencia de estilo.

En esta forma nos poníamos á trabajar; él dictando y yo escribiendo, para ganar tiempo. Con frecuencia, en el transcurso del trabajo, notaba yo un gesto desagradable en el rostro de López Alén. Una ligera vacilación mía al escribir lo que él dictaba, le hacía exclamar ansiosamente: ¿está mal? Y, en efecto, había salido un párrafo nebuloso, de conceptos incoherentes y difusos. Volvíamos a leerlo, y en los ojos de López Alén se dibujaba una expresión de angustia, de desaliento, reflejo sin duda de su estéril esfuerzo interno por encauzar las ideas y moldearlas en el estilo.

En cierta ocasión recibí un aviso urgente de López Alén, citándome á la Biblioteca. Acudí puntual y le encontré trabajando febrilmente. Era una fiesta de Junio, un buen día de esos que invitan á los claros optimismos. López Alén, sin embargo, á pesar del buen día, estaba haciendo una crónica necrológica, á propósito de una modesta persona de San Sebastián, y en este trabajo ponía todo su cariño y buen deseo. Había casi terminado un párrafo muy expresivo y muy bello, y como López Alén poseía ese sutil aviso espiritual que tienen los artistas para ver el matiz, el rasgo definitivo y único, encontrábase nervioso é inquieto ante aquel final que lo adivinaba en pensamiento y que, sin embargo, no podía alcanzarlo para darle forma concreta. Llegué en aquel momento y me puse á discurrir, intensa, febrilmente, como si se tratara de un trabajo mío, una vez conocido el pensamiento, la idea que buscaba López Alén. En este estado de fiebre en que nos pusimos los dos, súbitamente se me ocurrió una cita, un pensamiento delicadísimo de *Eça de Queiroz*, que parecía hecho para aquella ocasión: de tal manera se ajustaba á nuestro caso. Excelente,

magnífico, prorrumpió López Alén, ante la belleza de este descubrimiento, con la misma emoción con que debió gritar ¡tierra! Cristóbal Colón á su llegada al Nuevo Mundo. El resto del artículo surgió fácilmente, y aquella tarde fué una de las más felices que pasó López Alén desde su enfermedad.

Después, cada día su decadencia fué mayor. La misma voluntad empezó á abandonarle y los momentos de su amargura eran más intensos. Últimamente trabajaba ya poco, y sintiéndose desalentado para seguir la vida activa, se hundió profundamente en los recuerdos; hizo vida retrospectiva, vida pasada. Mandó hacer dos libros de lujosa encuadernación. Uno de ellos, de aspecto de un gran tomo de diccionario enciclopédico, le sirvió para ir colocando, á tres columnas, todos sus trabajos literarios publicados en la prensa, los cuales eran muchísimos y versaban sobre asuntos vascos, de San Sebastián principalmente. El otro tenía aspecto de un gran álbum de postales ó de vistas panorámicas, y en él colocó López Alén un sin fin de dibujos suyos, de fotografías y de viejos grabados históricos referentes á su amado pueblo. Además, figuraban algunas fotografías del autor, en actitudes un poco estudiadas tal vez y cuyas fisonomías participaban de una mixta expresión de pintor y literato, pues ambas cosas era el finado escritor.

¡Cuántos de esos grises atardeceres de invierno, en que el viento y el agua batían los cristales, le he sorprendido absorto en los recuerdos, pasando hoja por hoja estos dibujos y fotografías tan cuidadosamente colocados en las cartulinas del álbum. Eran para él como dos galerías históricas, como dos jardines suaves, en cuyas avenidas solitarias gustábale pasear resignadamente aspirando el perfume que brotaba de ellos, que era un perfume lleno de nostalgia y melancolía.....

Después han venido días más tristes. El desaliento absoluto. El andar penoso y tarde. El desvanecerse de todas las energías, el diluirse de todos los entusiasmos, lentamente, lentamente, como la claridad del crepúsculo sobre los mares..... Hasta que un día la muerte, como un recio soplo de aire, vino sobre la ya vacilante llama, la dejó apagada y pasó de largo trágica, silenciosamente, como diciendo sin palabras: aquí no ha pasado nada.....

MANUEL MUNOA.